

abolición de la picota y el látigo, vestigios supervivientes de los tiempos medioevales.

Alentada por este renacimiento, la clase obrera comenzó á pensar en su redención, asociándose para mejorar las condiciones del trabajo. El rico fabricante de algodones, Owen, les dió ejemplo, fundando una cooperativa y predicando las excelencias de esta clase de sociedades, sin que por esto lograra evitar la aparición y crecimiento del socialismo. Los movimientos políticos de mil ochocientos treinta y uno apartaron de esta dirección á los trabajadores, que dedicaron su atención á discutir cuestiones de las que dependía, en buena parte, su bienestar. Procuró la masonería creando logias de obreros, dirigir estas tendencias, que se personificaron al cabo en la *Trade-Unións*, fundadas con el fin concreto de obligar al Parlamento, mediante una huelga general, á votar la jornada de ocho horas predicada por Owen. Para contrarrestar este movimiento, los fabricantes se unieron, comprometiéndose á no admitir en sus talleres á ningún obrero que no declarase por escrito no pertenecer á ninguna asociación. Rompióse la lucha, en que mientras los obreros procuraban imponerse á los patronos por la huelga, los fabricantes los reducían á la última extremidad cerrando las fábricas. A instancia del Rey, que pretendía se tratase como criminales á los obreros, Melbourne declaró, en Agosto de mil ochocientos treinta y tres, que las *Trade-Unións* eran una conspiración ilegal, punible con arreglo á las leyes. Mas como la persecución, si hace mártires, no destruye las ideas, las *Trade-Unións*, secundadas por otras asociaciones, celebraron en Agosto de mil ochocientos treinta y cuatro la gran manifestación, á la que asistieron los obreros agrupados por oficios: dirigida por un eclesiástico á caballo, recorrió con el mayor orden varias calles y entregó al gobierno una solicitud pidiendo la libertad de los condenados. A partir de este día, el gobierno depuso su actitud hostil y los ánimos se fueron calmando poco á poco.

En mil ochocientos treinta y siete murió Guillermo IV, dejando por heredera de todas sus coronas, excepto la de Hanóver, que en virtud de la ley Sálica pasó al duque de Cumberland, á su sobrina Victoria, de diez y ocho años de edad. En este punto se abre una nueva era en el desenvolvimiento del Estado inglés, caracterizada por la práctica del régimen parlamentario puro y completo.

No dejó de sentirse también en Alemania el influjo del alzamiento nacional de Julio. En los mismos días que Bélgica se levantó en armas contra su monarca, estallaron en varias ciudades alemanas desórdenes y turbulencias, consistentes ya en simples manifestaciones más ó menos vivas de las clases trabajadoras contra sus patronos, ya en verdaderos movimientos revolucionarios. En Aquisgram, los obreros recorrieron tumultuosamente las calles, amenazando saquear las fábricas y destrozár las máquinas, que reputaban causa de miseria por los muchos brazos que ahorrabán; el duque Carlos de Brunswick tuvo que huir ante el motín triunfante; el elector de Hesse fué forzado á abdicar en favor de su hijo, y el rey de Sajonia, para acallar á los descontentos, asoció á su trono á

su sobrino Federico Augusto II. El resultado de estas conmociones en los Estados del Norte fué suprimirse graves abusos, despertarse cierta vida política y disminuir la distancia que los separaba de los del Sur, donde los liberales eran más tumultuosos y exigentes. En Baviera [Nassau, Hesse-Darmstad y gran ducado de Baden, las ruidosas mociones de los diputados, las manifestaciones en las calles y los artículos de los diarios aparentaban la existencia de pasiones ardientes. Borne y Enrique Heine, aquel con sus severos discursos, éste con su inimitable humorismo, difundían las nuevas ideas. Mas todo esto se contuvo en los límites de una especie de idilio revolucionario, sin que ni sus propios autores pensaran en que pudiese conducir á resultado práctico ninguno. En Viena y en Berlín hubo igualmente desórdenes: allá, desde la protesta del pueblo contra los excesos de los empleados de consumos; acá, por instigación de unos cuantos oficiales de sastré, secundados por buen número de obreros; pero en uno y otro punto se castigó á los alborotadores y se restableció el orden.

Mucho más general y profundo fué el movimiento de su opinión en Hungría, sometida á implacable despotismo. Hallándose despreciado el papel moneda, el gobierno austriaco dispuso que se pagasen los tributos en dinero, ó en papel con un ciento cincuenta de recargo. A la injusticia de este mandato opusieron los húngaros su pasividad legal. Metternich apremió con todo género de violencias; pero hasta el archiduque palatino José, representante de la nación para con la corona y de la corona para con la nación, hizo causa común con los contribuyentes. Resultado de esta enérgica actitud fué la reunión de la Dieta, el reconocimiento de las ilegalidades cometidas, la promesa de no cobrar impuesto que no se hubiese votado y de reunir la Asamblea cada tres años. A los cinco de este triunfo, los sucesos de París volvieron á conmover á los húngaros, y para calmarlos, se reunió de nuevo la Dieta, en la que se había de coronar al archiduque Fernando y votar, á favor del entusiasmo que la ceremonia despertara, un aumento de veinte mil hombres en el contingente del ejército magyar. El barón Vesseleny, el gigante de Transsilvania, pronunció estas hermosas palabras: «Cuando se trata de una contribución en trigo ó en dinero, como somos nosotros los que hemos de pagarla, no debe ser muy discutida; mas cuando se trata de la libertad y de la sangre del pobre pueblo, la necesidad de las tropas que se nos pide debe ser demostrada á la Asamblea.» El contingente se votó, pero sólo para el caso de guerra defensiva. A esto se limitó la obra de la Dieta de mil ochocientos treinta, repitiendo el gobernador, respecto de las demás reformas solicitadas, la frase consagrada: «Se proveerá en tiempos más tranquilos», con lo que sólo consiguió prestar mayores bríos al despertar del espíritu nacional húngaro, que traía preocupados ya á los patriotas magyares y al gobierno austriaco. Este amor á su antigua nacionalidad impulsó á los húngaros á batirse como voluntarios al lado de los polacos, y luego á pedir, por procedimientos de fuerza, la abolición completa del régimen feudal, al par que continuaban su pacífico

desarrollo celebrando concursos agrícolas, fundando sociedades económicas, círculos y casinos literarios.

Tampoco se sustrajo Suiza á las influencias de la revolución de Julio, por más que ya de tiempo antes existía allí una corriente de opinión para la reforma de las constituciones particulares de cada cantón y de la federal. Snell, catedrático alemán refugiado en Zurich, fundó á principios de mil ochocientos treinta, el periódico «El Republicano Suizo» y redactó el «Memorial de Kussnach», que fueron el órgano y el credo, respectivamente, del partido radical, cuyos adeptos se extendían por todos los cantones: la soberanía popular, el sufragio universal y la elección directa eran sus dogmas. Enardecido el público sentimiento por la lectura de los periódicos franceses, los cantones fueron reformando uno tras otro, legalmente, sin trastornos, valiéndose sólo del voto, su constitución en sentido democrático: el de Tessino, en mil ochocientos treinta; los de Friburgo, Lucerna y Soleure, en Enero de mil ochocientos treinta y uno; los de Zurich y Saint Gall, en Marzo del mismo año; los de Thurgovia, Argovia, Schaffouse, Vaud y Berna, casi al mismo tiempo: en Neufchatel y Valais, los gobiernos se resistieron con las armas y rechazaron á los radicales. Todas estas revisiones se basaban, más ó menos radicalmente, en la soberanía del pueblo, no pudiendo reformarse la constitución sin votarlo los electores, en la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley, en la elección de los consejos municipales por sufragio universal directo, en la independencia del poder judicial, en el derecho de petición y en la libertad religiosa y de la prensa.

La Dieta acordó, el veintisiete de Diciembre de mil ochocientos treinta, «no intervenir en los cambios de constitución que pudieran verificarse en los cantones»; mas como en algunos las opiniones se dividieron casi por iguales partes, vióse obligada á interponer su mediación. Tal sucedió en Schwytz y en Basilea. En el primero, los distritos rurales, resentidos de no haber conseguido ciertas reformas, decidieron constituirse aparte y, para ejecutar su acuerdo, se alzaron en armas: la Dieta, haciendo uso de las fuerzas federales, restableció la unidad del cantón. En Basilea redactaron un proyecto de constitución que otorgaba á la ciudad mayor representación que á los demás consejos; cuarenta y seis de éstos lo rechazaron, y como Basilea les retirase el derecho de administrarse, se declararon autónomos y se dieron una constitución propia. Por entrambas partes se apeló á las armas, y después de dos años de lucha, la Dieta intervino, poniéndose del lado de los rurales, de donde resultó la división de Basilea en dos medios cantones.

Para afirmar sus conquistas democráticas, Lucerna, Zurich, Berna, Soleure, Saint-Gall, Argovia y Thurgovia se federaron en la liga llamada *Concordato de los Siete*, comprometiéndose á mantener los derechos y libertades del pueblo, sostener las autoridades regulares, intervenir con las armas donde se alterase la orden y trabajar por la revisión de la constitución federal, á fin de garantizar la permanencia de las constituciones cantona-

les. A estos proyectos se opusieron Neuchatel, Basilea, Valais y los tres cantones de la alta montaña, que acordaron no enviar diputados á la dieta, para impedir á esta tomar acuerdos por falta de votos. Tras muchas diligencias, la Asamblea votó la revisión de la constitución federal; mas cuando llegó el momento de practicarla, surgieron tantas dificultades que, no obstante la autoridad de Rossi, diputado por Ginebra, todo lo que se consiguió hasta mil ochocientos treinta y tres fué declarar públicas las sesiones de la Dieta, secretas hasta entonces.

Por el carácter de sus habitantes, su amor á la independencia y las condiciones de su estado social, Suiza fué siempre tierra por excelencia hospitalaria; en ella se miraba como sagrada la persona del emigrado político. La revolución de Julio llevó á sus ciudades bastantes franceses comprometidos con la dinastía borbónica; en la primavera de mil ochocientos treinta y tres, entraron en Berna por el Franco Condado colonias de polacos, al paso que llegaban por el lado opuesto millares de italianos, entre ellos Mazzini y Ramorino, y en pos de unos y otros, no pocos alemanes. Imposible que estas gentes se sujetaran á las leyes de la hospitalidad; no se lo consentían ni la fe que les animaba, ni los requerimientos que recibían de París. Reorganizaron el carbonarismo; fundaron la *Joven Europa*, en la que se englobaron la *Joven Italia*, ya existente, la *Joven Alemania* y la *Joven Suiza*, y prepararon expediciones para sublevar á Saboya é Italia. Contra esta organización revolucionaria protestaron las potencias. El gabinete de Viena envió esta nota: «Si la Dieta no toma una resolución inmediata con motivo de quejas tan justas; si se permite la actual propaganda de desórdenes y de perturbaciones, Austria, atenta á sus intereses, mientras que el ejército lombardo-veneto ocupa el Tesino, las tropas de la confederación germánica entrarán en Suecia por Constanza, sin inquietarse por las consecuencias de esta intervención». Enterada de esta intimación del gabinete de Viena, apoyado por Prusia y Rusia, Francia llamó también la atención del gobierno federal, diciéndole: «Nada más sencillo que los extranjeros, vuestros huéspedes, se sometan á ser desarmados, á obedecer las leyes y los sagrados derechos de asilo: cualquiera que sea la forma de un gobierno, se la debe respetar desde que se pone el pie en su suelo». La Confederación atendió estas quejas ofreciendo, el diez y siete de Mayo de mil ochocientos treinta y cuatro, no permitir á los emigrados perturbar con su conducta sus relaciones de amistad con las potencias, promesa que cumplió desarmando una expedición contra Italia preparada por Ramorino. En los años siguientes, Suiza tuvo desavenencias con el gobierno francés, mayormente con motivo de haber dado asilo el cantón de Thurgovia al príncipe Luis Napoleón Bonaparte, cuando, después de la tentativa de Strasburgo, llegó allí á recoger el último suspiro de su madre, la reina Hortensia, y se quedó en el país. En nota de dos de Agosto de mil ochocientos treinta y ocho, Francia exigió la expulsión del pretendiente; la confederación se resistió. Entonces, marchó á la frontera un ejército

francés, á las órdenes de Aimard; Suiza se armó por su parte. Afortunadamente, la partida espontánea de Napoleón evitó la lucha inminente.

Donde los «tres días gloriosos» repercutieron con más fuerza fué en la Polonia rusa, «la Polonia del Congreso», gobernada desde mil ochocientos quince por el hermano de Alejandro I, el gran duque Constantino. Era Constantino de carácter raro: franco, humano y caballero; la violencia, la brutalidad y aun la crueldad le dominaban á menudo, sin embargo. Devoto de la fuerza, organizó personalmente, concurriendo de continuo á formaciones y ejercicios, un regular ejército, que habría sido mejor si lo hubiese tratado con menos dureza. No odiaba las libertades públicas; pero nunca las consideró superiores á su voluntad. Casado en segundas nupcias con la hermosa y discretísima Juana Grundzinska, de noble familia polaca, que no pocas veces ejerció en él bienhechora influencia, cobró tanto amor á Polonia que renunció su derecho á la corona imperial, para seguir siendo virrey de la patria de su esposa. En los diez primeros años de su gobierno, templó las violencias de su carácter el anciano Zajonezck, generalísimo de los ejércitos polacos; mas desde mil ochocientos veinticinco, en que falleció este general, Constantino, asumiendo todo el poder, dió rienda suelta á sus brutales genialidades, que produjeron hondo y creciente descontento en los polacos. Formaron estos varios partidos de oposición: el de los blancos ó moderados—grandes propietarios, altos empleados y el clero,—los cuales, temiendo la completa destrucción de su nacionalidad, lo fiaban todo á la prudencia; el de los rojos ó avanzados, republicanos los más, subdivididos en académicos y militares, que recibían inspiración de sociedades secretas relacionadas con los carbonarios. Así las cosas, el czar Nicolás resolvió ir á Varsovia para coronarse rey. «A nosotros nos cumple, dijo uno de los blancos, fijar el programa de la fiesta;» y otro exclamó, refiriéndose al Czar: «¡Dios nos lo envía!». Nicolás llegó á Varsovia sin que los conjurados lograran hacer otra manifestación que la de llevar las señoras en sus trajes y adornos los colores nacionales, lo que hizo exclamar al Czar: «Eso será muy patriótico, pero es poco cortés.» La Dieta, cuarta de las celebradas desde mil ochocientos quince, se reunió el veintiocho de Mayo de mil ochocientos treinta, contra la opinión de Constantino, adversario de las discusiones parlamentarias, que profirió esta amenaza: «Volverán á moverse las lenguas, pero yo las cortaré.» La Asamblea nada importante hizo, desaprovechándose la ocasión de reconciliar al pueblo con su rey. Pocos días después, el consulado francés arboló la bandera tricolor, que los rojos saludaron con efusión. Las señoras vistieron los colores nacionales franceses; las lenguas se agitaron, y la policía detuvo á unos cuantos, que Constantino mandó soltar. La explosión se aplazó por falta de un prestigio militar. Apelaron los conjurados al sistema de los carbonarios, y de esta suerte lograron ganar á su causa á la guarnición polaca, á la nobleza, á las mujeres, á las corporaciones obreras, á los profesores y estudiantes de la universidad y á la mayor parte de los individuos de la Dieta.

Preparada así la opinión, llegó á Varsovia el manifiesto que el Czar publicó con motivo de la insurrección de Bélgica. Su sentido y sus frases irritaron á los polacos, y mucho más la idea de que se les iba á emplear en destruir las libertades belgas, á ellos precisamente, que no mucho antes habían renunciado á la empresa, en su concepto facilísima, de sublevar el ejército destinado á combatir en Grecia, por no incurrir en la responsabilidad de retardar la resurrección de un pueblo; y como dispusieran, según sus cálculos, de diez mil soldados polacos contra siete mil rusos, fijaron el veintinueve de Noviembre para sublevarse. «Mañana, Polonia se hará libre», decía Zaliuski recorriendo, para comunicar la consigna, los cuarteles y los cafés. A las seis del mismo día, ya de noche, Wisocki entró en una de las dependencias de la escuela militar y habló de esta manera: «Hermanos, la hora de la libertad ha sonado».—«¡Viva Polonia!», le contestaron los allí reunidos; y mientras los regimientos de infantería se armaban sin ruido en los cuarteles y los estudiantes en el bosque de Lazienki, Wisocki atacaba con ciento cincuenta alumnos el cuartel de los hulanos, al tiempo que catorce conjurados, hallando abiertas las verjas del palacio del virrey, conforme se lo habían prometido algunos empleados, penetraban en las habitaciones con ánimo de sorprender al duque, que se salvó huyendo á medio vestir. Los conjurados, con el refuerzo de dos mil estudiantes y de muchos obreros, dieron muerte á algunos generales y se enseñorearon de la ciudad, por mantenerse los rusos, no recibiendo órdenes de Constantino, encerrados en sus cuarteles. Nada más peregrino que la conducta del duque en estos sucesos. Fuera de la ciudad y habiéndosele unido su esposa, llamó á los regimientos rusos, y como se le indicara que podía recuperar á Varsovia, contestó: «No quiero mezclarme en esta querrela polaca». Cuando en su retirada topaba con algún oficial polaco, solía decir: «Soy mejor polaco que todos vosotros; estoy casado con una polaca, y he hablado tanto tiempo vuestra lengua que apenas puedo hoy expresarme en ruso». ¿Qué más? Al tener noticia de los primeros triunfos de los sublevados, exclamó: «¡Bravo, hijos míos! los soldados polacos son los primeros del mundo»; y alguna vez añadió: «No, Polonia no ha muerto». Doliase, sin embargo, de la ingratitud de sus gobernados. Llamado por el Czar, murió de cólera camino de San Petersburgo, diciendo á la princesa Larricz: «Dí al Emperador que le ruego al morir perdone á los polacos».

El resultado de la fuga de Constantino fué que, en veinticuatro horas, la sublevación se propagó á toda Polonia. El cuatro de Diciembre se constituyó en Varsovia un gobierno provisional, compuesto de siete individuos, en su mayoría blancos, habiendo los rojos perdido mucho terreno á causa de los excesos á que se entregaran y del asesinato de los generales. La vida del nuevo gobierno fué efímera. Al día siguiente de haberse constituido, Chlopicki entró en el salón del Consejo, reconvino á éste por las violencias de los clubs y la indisciplina del ejército, lo declaró disuelto y se proclamó á sí mismo dictador. Pudo